LIBRO DECIMO SETIMO.

Era una mañana de Mayo, risueña, engalanada, luminosa: las flores á las brisas regalaban perfumes, y el cielo á las flores regalaba el aljófar de su rocío. Las azucenas blancas y los nevados lirios temblaban como las vírgenes al llegar el dia de sus bodas; las amapolas y jazmines y todas las beldades de la floresta, suspirando veian llegar una hora solemne: iban á ser segadas para morir en las aras de Jehováh, mas no de Jehováh el que tronó en el Sinaí ó en el dia de Venganza, cuando las aguas desolaron las tierra, sino de aquel Dios amigo de los hombres cual se mostró la víspera de derramar su sangre por amor á nosotros. Amaneció el dia, fiesta gratísima de la nueva ley, en que se celebra la memoria del pan del cielo dado por el Cristo á sus es-

cogidos la víspera de partir á su Padre: era el gran juéves de *Corpus-Christi*. El temprano tañido de las campanas de todos los templos de la ciudad difundia el contento por todas partes, y la multitud de los fieles acudia presurosa á comer el pan de los ángeles.

¡Qué fiestas las de los que creen en el Mesías! ¿Qué no sintieran los hombres de buena voluntad, pero extraños á la luz, si supieran el don de Dios y gustasen con fé, creyendo como creemos los que oimos la voz de Pedro, de aquel manjar suavísimo que es el mismo cuerpo y sangre del Cristo, verdadero Dios y hombre? ¡Y más si de estos alguno fuese de los que nacieron con el alma sensible y ávida de amor, pero de un amor sin medida: sabrian entónces cómo nuestro Dios ha llevado el amor á lo sumo! ¡Qué Dios tan bueno el de los Cristianos; por él con gusto darémos la vida! ¡Cuándo los otros dioses ni se cuidan del hombre ni ménos han pensado en ganarse su amor á toda costa!

Teresa de Zepeda se presentó en el templo más próximo á su morada; allí mismo los americanos habian penetrado para asistir al sacrificio.

La hermosa amiga de Catalina, que llegó la postrera, atrajo las miradas de los concurrentes: estaba su semblante como el de quien absorto lleva grandes afectos en su corazon. Mas la hija de Zepeda de nadie se cuidaba, y ya dentro el santuario de Dios vivo, como el amante que vá al encuentro de su bien, se adelantó á posarse

muy cerca del tabernáculo, donde sus ojos buscaban la delicia de los cielos, guardado allí no el maná sino el pan que dá vida al mundo. Nezáhual y Ecuangári no léjos de aquel sitio vieron llegar á la amiga de Catalina.

Era la hora en que el sacrificio comenzaba. Veíase el altar de Dios radiante de oro y cortinajes, espejos y flores, á cuya fragancia se mezclaba el perfume del incienso. La música de cien instrumentos preludiaba el cántico de la gloria de Jehováh, y ya las columnas del santuario parecian estremecerse al estruendo de ese cántico cuyos ecos conmueven hasta las Alturas. Ese preludio desconcertó á la hija de Zepeda, que en tal momento se presentó allí, y la emocion de su pecho apareció viva en sus ojos y en todo su semblante. Mas ella detenién dose muy cerca del lugar santo, de hinojos quedó delante de Dios vivo, velando su faz para no ser vista, y así hasta la hora de allegarse al divino convite.

En tanto los conciertos cesaron y uno de los levitas leyó la epístola de Pablo: el misterio tremendo érase el tierno asunto de aquella palabra breve pero sublime; leyóse tambien entre majestuosas ceremonias aquel pasaje de los libros santos en que el Cristo ofrece y promete á los hombres el pan de los ángeles, no ya el maná, sino el pan de vida, pan vivo que bajó de los cielos, y que quien lo coma vivirá eternamente.

Un nuevo cántico resonó: era el símbolo de fé de los cristianos, que atronaba las bóvedas del santuario, á cuyos conciertos sin duda se conmueven los inmortales, porque en él confesamos al Padre, Dios único, Criador de todas las cosas, al Verbo, resplandor de su gloria, y al Espíritu vivificante; ¡sentidos conciertos! que al suspirar por la vida del futuro siglo parecen anticiparnos aquella ventura.

Pasaron por fin esos momentos en que los ecos callan y las armonías parecen temblar ante la víctima sin mancha elevada á la vista de los creyentes; el sacerdote confundido con los favores increibles del tremendo Jehováh, heríase el pecho con la diestra mano, y, en la siniestra la hostia de salud, clamó una y más veces no ser digno de comer ese pan que sabemos es el mismo Cristo hijo de Dios. Los niños y los ancianos, las madres y sus hijas con galas y perfumes, sedas y gasas y ricas joyas, presurosas llegaban al convite de amorosa dignacion ó no sé si diga de majestad tremenda, y mostraban, como fué visto desde los primeros tiempos, una fé tan segura y tan séria reflexion al tomar en sus labios lo que á los ojos es un *ázimo*, que no habia duda en ello: ¡aquel pan era el Cristo! ¡Y cómo no! si la palabra del Cristo está viviendo, y cuando él mostraba el ázimo dándole á los suyos la víspera de morir: "hé aquí mi cuerpo;—deciales,—tomad y comed." Y lo mismo con el vino que les presentaba: "Bebed

todos; esta es mi sangre," y ¿quién podrá resistir á la palabra del Verbo?

Mas los creyentes, recibido el pan, se iban retirando entre la confusion y el amor de sus corazones. Entónces allegóse la amiga de Catalina.

Nezáhual y Ecuangári la observaban atentos: en el semblante de la doncella habia el fulgor de una emocion profunda. Y cuando los levitas la presentaron el pan, enternecidos, apénas podian ponerlo en los labios de la convidada: ellos y los circunstantes no habian visto tanta fé.

Los Americanos apartaron sus ojos..... Teresa no podia recibir en su lengua el manjar soberano; sus ojos brotaban lágrimas y la color de su rostro parecia una llama. En vano quiso contener los afectos de su corazon; el llanto y los sollozos se manifestaron á todos, y apartándose de la celeste mesa, ya llevando en su pecho al Altísimo Jehováh, fué á esconder su ventura en un ángulo apartado del templo.

Tal espectáculo hirió vivamente al hijo de Ayauhcíhuatl no sabiendo hasta ese dia, cómo es tan tierna la religion de los hombres blancos, que los favores de su piadoso Dios son poderosos para suscitar en los pechos la pasion amorosa. Quedóse el Príncipe como quien al fin descubre, enternecida el alma, las finezas ocultas de un amor antiguo, y se maravillaba de reconocer al verdadero Dios en *aquel* que así supo dar al hombre lo que más necesita. ¡Amor es lo que busca este corazon insaciable, amor sin medida, finezas hasta lo increible! ¡Y qué tierno y maravilloso es en su amor el verdadero Dios! Por eso los que amamos al Cristo gustamos de esa pompa de luces y oro, espejos y sedas, aromas y flores, armonías y cánticos de agradecimiento, porque confundidos de tanta dignacion, no sabemos cómo glorificar en la tierra al que llena los cielos con la majestad de su gloria.

Volvieron los americanos, concluido el sacrificio, á la morada de su noble huésped con el alma sobrecogida de tales maravillas. Pocas horas despues presentóse la amiga de Catalina, ajena sin duda de que allí se supiese lo que le acaeciera en el festin de Cristo. Mas el Príncipe de Texcoco no supo sellar sus labios:

"Excúsame,—la dijo—amable niña y Señora, si doy á sáber cómo mi pecho se siente herido por lo que mis ojos vieron no bien el sacerdote ponia en tus labios la víctima santa, que es el mismo verdadero Dios, muerto para salvarnos, y que se nos dá bajo las apariencias de un pan de los hombres. El llanto de tus ojos y el fuego que salia de tu rostro, nos han hecho patente el amor que ocultabas en el alma por el Dios invisible que está en los cielos. Los que ignorábamos ese Dios, ¡cuán léjos viviamos de sospechar tan tiernas maravillas! ¡Qué desconocida suavidad se encierra en esos miste-

rios! ¡Qué dignacion la del Dios víctima es dársenos en alimento y hacerse amar en fuerza de su ternura! ¡O si fuera dado á los que no bien se nos muestra el verdadero Dios, amarle como le aman los que como tú son admitidos á sus favores!"

Los circunstantes se miraron sorprendidos, volviendo sus ojos á la hija de Zepeda. Mas ésta en vano quiso contenerse, y de sus ojos brotó nuevo llanto:

—"¡Vedme llorar,—exclamó entónces—pórque no me es dado mantener oculto lo que el alma me conmueve!"—Y la piadosa jóven siguió llorando durante largo rato.

En el alma de la hija de Zepeda se agitaba extraño combate. Dios la pedia su amor exclusivo; mas la que así era sensible á tan soberano favor, aun no supiera dejarlo todo para ganarlo todo. Empero el soberano amante ya lo sabía: esa jóven iba á glorificar su nombre de inusitada suerte, y tiempo vendria de ver lo que es el amor entre Dios y la mujer: de gozarse tendrian los celestes en que apareciese á los hombres Teresa de Jesus, con todos los encantos de una mujer enamorada del Altísimo.

Pero entretanto ordenado estaba que la futura amante del Cristo, y el hijo de América, que tambien le amó mucho y más tarde iba por ese amor á ofrecerse en sacrificio, fuesen el uno para el otro como el ángel de Dios, que invisible nos inflama en el amor del cielo. Aquella mujer cuando miró descubierto el secreto de su corazon, ya no fué dueño de su palabra y parecia que por sus ojos hablaba el Espíritu de Dios. Enardecido su semblante, radiantes los ojos de virgínea mirada, y á cada paso como si el ámor la hiciese llorar, decía á la conmovida familia:

"Yo no sé cuáles son los designios de Dios con esta alma que aun no se decide á ser toda para Él. ¡O Bien mio, de darte tengo todo el amor que guarda este corazon insaciable! Mas ¿para cuándo esperas que la chispa del incendio brote de la nieve (que así es el amor nuestro) y por qué tú, que á poner fuego veniste á la tierra, no le pones en mí que quizá entónces hé de abrasarme en el amor tuyo? Entónces como la *esposa*, ¡ó Amado mio! ya que te encuentre no te dejaré. En el collado del incienso, en el monte de los aromas te hallará mi alma. ¡Señor Dios mio, muestra tu faz y abre tu pecho á los que saben cómo eres tú la dicha en que soñamos, la voz de amor que en el silencio nos convida! ¡Cuándo será que te halle en el desierto, en donde brotan fuentes de la roca, y nacen lirios de la abrasada arena! ¡Voz de ángeles se levanta en la soledad, é inefables conciertos en donde no se escucha rumor de hombres; cantarán las aves preludios de aquel regocijo, y el susurro de las abejas nos persuadirán aquella quietud que hace desfallecer, oh Señor, en los Atrios de tu morada! ¿Qué hacer, si no es para ese amante desconocido, el llanto del corazon que ni sabemos porqué llora? ¿Y

aqueste amor en que despierta la edad juvenil, y ese dulce tormento y esa inquietud apetecida? ¡O hermoso amor no tardes! ¡O dulce paz vén y serena la borrasca!"

Los circunstantes enternecidos ó maravillados, cuando callaba la inspirada vírgen no interrumpian su silencio, para escuchar en breve nuevos delirios de sus amores:

"Paréceme—decía—que de todas partes salen amorosas quejas del buen Dios por atraernos á sí: en vano el soberano bien intenta persuadirnos en el lenguaje misterioso de los amantes."

"Alguna vez ensancha el cielo sus vastas soledades, disipadas las nubes: ¿no es para que se muestre solitario el misterioso Espíritu? ¿no es para que por él suspiren nuestras almas? ¿No nos regala aromas? ¿No suspira en las selvas el amor antiguo, ó en la floresta, no bien nos halla solos? ¿Alguna vez sus lágrimas no quedan como huellas de tan tierno afecto en esas flores, delicado emblema de su amor? ¿No nos asedian sus trovadores de acentos inefables, no bien se allega el dia y aun en las horas del silencio?"

"¡Oh, sí! sabe de amores quien para revelarse confía sus tristezas al astro de la noche y los suspiros al aura de la tarde. Si alguna vez airado truena en los cielos ó el huracan le sigue, ¿no es tambien su gemido el de la tórtola y su aliento süave como el perfume de azuce-

cenas? ¿No es manso como el cordero del aprisco, y cariñoso como la madre que bajo sus alas congrega su cria?"

Mas al llevar la mente á tales símbolos, conmovió el espíritu de la escogida el sumo misterio de la caridad del Altísimo, y hablaba del Verbo hecho carne:

"No comprendimos ese lenguaje—decía la inspirada—y al fin nos ha hablado el que persuade á todos. ¡O Cristo mio, supiste al último hacértenos amable por el infortunio! El que no fué entendido si sonreía en los cielos ó suspiraba en la luz del astro solitario, quiso hacerse como uno de nosotros; y ya de entónces no fué la eterna pena, del hombre tan temida, ni el prometido cielo, lo que movió el amor del hijo de mujer: fué el sangriento patíbulo, fué la Cruz afrentosa de la amorosa Víctima. Y ¡ese Cristo es el pan del Sacramento, el manjar de los hombres, pan vivo que bajó de los cielos!"

Cuando la futura esposa del Dios hombre decía tales cosas, ya no se cuidaba de enjugar las lágrimas de sus ojos. Los que la escuchaban daban gloria á Jehováh, y los Americanos para sí: "¿No es esta—decian—una religion maravillosa? Hé aquí sin duda el verdadero Dios. Solo Él puede ser amado así: ¿de qué Dios, sinó es el verdadero, que se deja sentir á nuestro espíritu, puede una jóven enamorarse?"

El hijo de Ayauhcíhuatl estaba como herido de un afecto nuevo. El Altísimo habia confiado á la palabra de la hija de Zepeda el hacer sentir al Americano ese amor sublime que reserva para pocos: Nezáhual habia comprendido al amoroso Dios; el invisible Espíritu movió sus afectos y de sus labios brotaron palabras maravillosas:

"El alma mia—exclamó diciendo—se regocija y enternece, como si sóla fuera la de todos los hijos de Anáhuac y de cuantas naciones quedan al otro lado de los mares al Ocaso del sol, como si cuantos hombres pueblan ese otro mundo, tuviesen un solo corazon y ese fuera el mio."

"Muchos haces de años (siglos) oculto estuvo para ¡tantos! el Dios que habita en las alturas, y el grande amor con que nos mira, y esa piedad con que se muestra en el pan del sacramento y en el patíbulo."

"A tiempo en que ordenára el Invisible que viésemos su gloria y fuésemos partícipes de su redencion, hémos sido llamados; entre los infortunios y las calamidades que llevan los guerreros, brilló para nosotros la ignorada luz. Mas ¿qué, por eso debemos ménos al buen Dios? ¿No fué de más consuelo la voz del sacerdote del Dios víctima, porque se hizo oir despues del exterminio del guerrero? ¡Tú nos enviaste, oh bondadoso Espíritu, hombres de paz y blando corazon: nuestros

ojos vieron sus obras como de buenos ángeles, y nuestros oídos oyeron palabras como de espíritus celestes. Y para que tus nuevos hijos no dudasen ser ya los tiempos anunciados, la gloria de María, la Santa Vírgen, madre del Dios hombre, se hizo visible sobre las cumbres del Tepeyácac, y en el manto mismo de nuestro hermano apareció la imágen de Santa María en maravillosa pintura."

Los que escuchaban al hijo de Anáhuac se gozaron de reconocer cómo ya el Cristo se habia criado otro pueblo de fervientes adoradores en aquel *mundo* que, á fin de entrar á la parte del reino de Dios, no parecia sino esperar el tiempo en que una gran porcion iba á ser desechada. Y más cuando la fama del prodigio de María, llenaba ya los ámbitos del antiguo mundo.

¡Tú, piadosa Israelita, la nueva Esther delante de Jehováh, perdida ya esa porcion preciosa de la heredad de Jesus, te consolaste viendo venir de léjos todos estos que se habian congregado, hijos é hijas, para ser agregados á la desolada Sion! Prodigios y señales para que el Nuevo-mundo creyese la *buena nueva*, Jehováh no los quiso, como en otro tiempo para convertir á la gentes; mas Tú pediste uno que querias mostrar á tus predilectos (escogidos): no para que creyesen la palabra del Mesías, toda verdad, sino para que amasen al buen Dios cuando los persuadiera la ternura de su Madre. Entre los desva-

lidos, para enaltecerlo, escogiste tu enviado, á quien no creerian sino cuando tu imágen, sin que el mismo lo supiera, la llevase consigo en el manto para mostrarla al gran Sacerdote: que te levantasen un templo, enviaste á decir, allí donde hablabas al humilde y le mostrabas la gloria de tu rostro. Mas el Sacerdote de Dios, en su sorpresa, no podia creer al que tu grandeza escogió para tal mensaje, y así pidió una señal como testimonio de que hablabas por los lábios del humilde; y tú no desdeñando los dulces artificios, como hija de la mujer, por signo le envias unas rosas. ¡Tú las hiciste nacer en la cima estéril del Tepeyac, allí donde apénas brotan ruines abrojos y cuando el rudo invierno desolaba la tierra! ¿Fué entónces cuando tú imágen celestial, quedó en el manto del sencillo en cuyo regazo venian tan amables señas? ¡Tierna maravilla!: cuando el neófito para entregar las rosas al Pastor de la nueva grey, despliega su manto, tú imágen aparece en él impresa, y brillante con todos los colores del íris! Como para hablar á los de Anáhuac, apareciste figurada una princesa india, revestida del Sol, bajo tus piés la Luna, azul el manto sembrado de estrellas, sumiso el rostro, y el ademan humilde como el de una doncella que intercede. ¡Tenochtitlan te saludó entónces como á su soberana y su libertadora, y sus hijos amaron al buen Dios que se dejó entender en el tierno artificio de su Vírgen Madre.

¡Quién me diera que cantase tu gloria, tan dulce como es la gloria de la luna cuando á la media noche reina en las cumbres del firmamento, deliciosa como es la de la cándida azucena que reina entre las flores en la estacion primaveral! ¡Musa, no ceses de levantar acentos armoniosos en honor de esa vírgen sin mancilla que fué coronada reina por el Altísimo: el airado Jehováh jamás ha sonreido como cuando la humilde concibiendo á Jesus en su incontaminado seno, cumplió los eternos designios con que iba el Padre á ser glorificado y á ser salvo el humano linaje! ¡Pero más te inspire sublimes loores la maravilla del Tepeyac, que semejante no ha visto otra nacion! ¡Qué ventura si prestas al *poeta* la majestad de tus acentos, cuando al decir los timbres de la Patria, su antiguo deseo, glorifique tambien ese nombre con que á María, la celeste Reina, saben invocar los hijos de Anáhuac! ¡qué valieran entónces para el afortunado todos los tesoros del mundo!

Unidos, pues, en un espíritu los de América con sus buenos huéspedes, vieron pasar así las horas de ese dia. No de otro modo cuando los tiempos del *Deseado* eran cumplidos, allá en las montañas de la Judea, la casa de Zacarías era el teatro de espectáculos semejantes: á los sencillos eran inspirados cánticos sublimes, y el triunfo nuevo de Jehováh solo conocido de los ángeles, allí en aquel retiro comenzó á celebrarse por los hombres.